

LA FERNÁNDEZ FIERRO ON TOUR

CAROLINA BARTALINI

Jueves 16 de julio, aeropuerto de Lisboa, 12 am: la Orquesta Típica Fernández Fierro llega con unas cuantas horas de demora. La línea aérea ha retrasado el vuelo y además perdieron una de las valijas. Aterrizados, esperan en la sala central. El reclamo demora. En los aeropuertos hay filas para todo, y esto no es la excepción. Al rato, descubren que no la perdieron sino que la olvidaron, en Toronto. Es que la Fierro empezó la gira siete días antes, en Canadá con tres conciertos: el Kultrun Festival en Kitchener, el Sunfest Festival en London y el Panamania Live en Toronto, parte de los panamericanos. De ahí vienen y ahí quedó la valija. Prometen que la traerán al día siguiente y que la llevarán al hotel. El problema es a cuál, sólo estarán un día en cada uno. La gira europea los llevará a ritmo acelerado por Portugal –Águeda, Tondela y Sever do Vouga–, Alemania –Koblenz y Marburg–, Brujas en Bélgica y al final a Malmesbury, Inglaterra, al famoso Womad, del que vienen participando ya en otros países. Tocarán en distintos festivales y en todos, a pesar de las diferencias culturales, idiomáticas, o técnicas, harán lo de siempre: detener el tiempo con su música vibrante, convocar al público a un momento de éxtasis, hipnotizar. En Brujas –un tiempo después, claro– una mujer me pide que le explique en inglés el sentido de algunas letras: de “6.25”, de “Azucena”. Hago lo que puedo para resumir con mi vocabulario torpe esos poemas que hablan de algo que pensaba tan argentino. Pero no, su mirada palpataba, entendía, o más bien sentía. Luego me dijo “no entiendo pero la música me atraviesa”. Los shows de la Fierro son potentes, incitantes, no sólo por su sonoridad que es marca de un estilo reconocible y único, sino también por su estética y puesta en escena que, como un ritual, se comparte. La Fierro tiene eso, cada concierto es aurático, es diferente aunque parezca igual.

Llegan cansados, claro. El episodio de la valija olvidada, que luego sería maliciosamente postergada por las rebuscadas vueltas aéreas, genera aún más fastidio. Para los músicos los aviones son un problema, siempre es difícil trasladar los instrumentos, el cello que viaja en bodega en su funda rígida debe desarmarse cada vez, los violines y los bandoneones que vuelan en cabina deben comprar un pasaje aparte para sentarlos en un asiento vacío, los equipos de sonido del contrabajista generan dificultades porque la valija siempre pesa más de lo establecido. Por eso, esta vez gran parte del tour lo harán en micro, como la primera vez. Desde el 2003 la Orquesta Típica Fernández Fierro no para de viajar, cada año visitan lugares distintos dentro

* **Carolina Bartalini** estudió Letras en la Universidad de Buenos Aires. Realizó la Maestría en Estudios Literarios Latinoamericanos en la Universidad Nacional de Tres de Febrero. Se dedica a la escritura, la docencia y la investigación (UNTREF-UNAJ).

y fuera de Argentina (la lista es larguísima, más de veinte países diferentes, con repetición). Sin embargo, no dejan tampoco de tocar en Buenos Aires todas las semanas. Lo hacen en su propio espacio, el Club Atlético Fernández Fierro, una sala autogestionada con capacidad para más de doscientas personas, una cooperativa que la Fierro creó hace once años para paliar las dificultades que una orquesta de trece músicos suele encontrar en los escenarios porteños. Es el lugar donde ensayan también, y el punto de encuentro obligado de los miércoles por la noche para habitué y público nuevo. Una semana antes de comenzar la gira, el gobierno porteño lo clausuró, como parte de una sostenida política de censura a los lugares que no se adaptan al tango sojero. Porque para el gobierno de Mauricio Macri el tango será soja o no será nada. Pero el arte resiste, se subleva a la afirmatividad de la cultura, del consenso, de la homogeneidad. Porque el arte dice no, y eso incomoda.

Aeropuerto de Lisboa, 3.30 pm: sale el micro hacia Águeda, un pueblo coloreado por paraguas multicolores que cubren sus calles para el Festim, un encuentro de músicas del mundo que se realiza todos los años. Mientras prueban sonido, la gente ya comienza a aparecer en la gran explanada donde se disponen los puestitos de comida, vinos portugueses y cervezas. La prueba de sonido lleva un hora y media, no es sencillo montar el escenario para la orquesta. Demián Poti y el Tano Coccoar trabajan apresurados. Sonido y luces, respectivamente, están su cargo. No es lo mismo que en Argentina,

acá hay que contemplar otro idioma, otras reglas. Pero todo funciona y el escenario queda listo, aunque ya hay gente atenta en la prueba general. Media hora de descanso en el hotel. Vuelta a la *venue*. Comienza el show. El escenario se oscurece. El negro cubre el murmullo del público ansioso. Suena el primer acorde de los bandoneones y enseguida el piano. Graves, incitantes. Se inaugura el trance, que llevará a los portugueses, los alemanes, los belgas, los ingleses, sin distinción, a moverse al ritmo del contrabajo que ancla a tierra el vuelo de los violines, y la contundencia del sonido de los bandoneones. La orquesta comienza con “Infierno porteño”, un instrumental de Yuri Venturin. Todavía son todos hombres en el escenario y nadie baila. Pero en seguida, sin respiro, comienza “Sierpe”, un tango con letra de Palo Pandolfo y música también del director. Y aparece ella, Julieta Laso, la cantora. Única mujer entre tanta masculinidad de tango argento. Y ella irradia, sensibiliza, emociona con su voz, repone imágenes gestuales a los sentidos de cada canción. Encandila. Como una pintura de Escher, la orquesta hipnotiza. Siguen con “6.25” versión fierrística del tema de Cintia Trigo y “Las luces del estadio/Hora cero”, ya un clásico esperado en el repertorio. Julieta desaparece en la negrura del escenario cuando la orquesta arremete con “Seis puntos”, instrumental de Julio Coviello. Vuelve, casi imperceptible, para “En silencio”, un tango escrito por el Ministro con música de Venturin. Luego, “Astiya”, versión orquestal del tema de Lucas Ferrara, de 34 puñaladas, “Desierto” también de la dupla Reggiani-Venturin, y “Azucena”, milonga triste, con letra de Palo Pandolfo y música del director. Hay un pequeño silencio, una bienvenida, y la música sigue, como les gritó una vez un muchacho en el CAFF “más música por favor”: “Brujos y científicos” (Tabaré Cardozo), “Avenida desmayo” (Venturin), “Ya fue” (Alfredo Tape Rubin-Yuri Venturin), y de sopetón, “Una larga noche”, estremecedora versión de la zamacueca de Chabuca Granda. Julieta llega a su esplendor, pone encanto y desolación en su voz para hablarle a la noche, a la soledad, al desasosiego —“la noche debiera ser larga aurora perfumada, diáfana y azulada, una sábana bordada de rumores y de amores y estrella por la mañana, invasora, desvelada, en mi ventana cerrada”—. Y la noche continúa, las luces se mueven en flashes que nos dan imágenes entrecortadas. Como un collage, las escenas se suceden rítmicamente. No hay individualidades, la orquesta es un todo, un runrún que se enciende y no para hasta el final. No hay descanso, apenas algunos silencios entre tema y tema. Lo que importa es la música, que suene, que mueva, que seduzca con su intensa reiteración como de espejo duplicado. La gente se acerca al escenario para bailar. Algunos lo hacen bien, otros con afectación. La cultura del tango tiene eso, mucho de pose, como Gardel en los imanes *for export*. De todas formas, más o menos sueltos, más o menos iluminados, con o sin pose, ellos bailan y son felices. Mientras tanto, nosotras miramos desde el fondo, y en este tiempo detenido somos felices también. “El goce de la felicidad está limitado

al instante de un episodio. Pero el instante lleva consigo la amargura de su desaparición”, nos recuerda Marcuse, como si fuera un tanguero más. Y es cierto, pero el arte es la pausa bella, aun tocando los hilos del dolor.

Águeda, 11 am: sale el micro, al festival Acert Tondela, a dos horas de viaje por la campiña y las viñas portuguesas. Anfiteatro, prueba de sonido. Lo de siempre. Pero en el hotel hay piscina, y luego se arma el picadito, la argentineada inunda la calma europea, el mate, el barullo, las pelotas que van a donde no deben. La gente mira entre asustada y divertida. Se extraña Buenos Aires, también. Esta noche se volverá ajetreada, habrá algunos problemas técnicos de sonido y la continuidad de la hipnosis va a romperse varias veces de forma obligada. Pero al otro día, llegarían a Sever Do Vouga y la máquina tanguera volvería a demostrar lo propio. Sin embargo, media hora antes del concierto no hay nadie. Sever Do Vouga es una ciudad desolada, los negocios están vacíos o cerrados, como si hubiera pasado un huracán y todos hubieran huido pronto. La crisis, imagino. Como una sierpe que ya no es tan argentina y se mudó a Europa para comerse a sus hijos. Sin embargo, a la hora señalada el anfiteatro está lleno. Nadie sabe cómo, ni de donde salieron. Algunos borrachos gritan cosas que no entendemos, y piden que les saquemos fotos levantando los vasos, “tintineante el cáliz del agua bendita”.

Domingo 19 de julio, aeropuerto de Porto, 6 am: hay que salir para Alemania, a Koblenza, al festival Horizonte. El avión despega a las 8.05, habrá dos horas de vuelo hasta

Frankfurt amenizadas por el desfile constante de las maquilladas azafatas de Ryanair vendiendo café, hamburguesas, perfumes, paquetes turísticos, juegos infantiles, revistas. Del avión al micro, y del micro a la combi, y de la combi a la cima, sí, a la cima de la montaña de Koblenza, a la fortaleza Ehrenbreitstein en la unión del Rin y el Mosela. Un lugar construido en el siglo XVI sobre un castillo del año 1000. Estrategia antigua, digamos, para controlar el tránsito fluvial. También, un paisaje alucinado. El escenario se monta ahí mismo, es el último día del festival y además el cumpleaños del organizador y de Fausto Salinas, el más joven de los bandoneonistas. El concierto comienza con los últimos rayos de sol y continúa al ritmo de la creciente oscuridad que permite que aparezcan las ansiadas luces en el escenario. Gente de todo tipo puebla la audiencia, desde la más alta sociedad de Koblenza, chicas que bailan moviendo los brazos como molinos eléctricos, hasta mochileros y algunos rotos que agitan desde el fondo: ‘einer noch, einer noch’, mientras levantan los vasos para brindar al viento. La gente se va rápido después de los bises, a las 10 sale el último teletransportador hacia la ciudad. La orquesta volverá más tarde y por tierra, después de la cena, a Koblenz-Gülls.

Entre Koblenza y Marburg quedan tres días libres, un merecido tiempo para descansar o salir a recorrer las inmediaciones, irse hasta Bonn, la ciudad de Beethoven o a Koln, la del gótico bombardeado. Aunque en Koblenz-Gülls se está bien, es un pueblito alemán, cercano a Koblenz pero con viñas en lugar de torres, cerca del Mosela. Los muchachos fantasean con un asado, en la casa hay parrilla, pero es de las que se ponen sobre las ornallas eléctricas de la cocina. Tecnología alemana, no funciona. Mientras tanto, la valija olvidada sigue en Canadá y Eugenio Soria, su dueño, resignado se compra ropa. Paralelamente, la familia Fernández Fierro se entera que la clausura de CAFF fue levantada, y se extraña Buenos Aires un poco más.

23 de julio, 5 pm, Marburg: llega la orquesta andando unas tres horas en micro al teatro KFZ, una sala que recuerda al CAFF, por la estética, la onda, y la auto-gestión. Van llegando desde temprano alemanes y alemanas para tomar unas cervezas antes del show. A mitad del concierto el público ya está eufórico. Los músicos se potencian con esa devolución, es la energía que va y viene. Después de “Marejada”, el instrumental del pianista Santiago Bottirolí, la expectación se hace sentir con más fuerza. El director explica que la canción siguiente es un tema de amor, del amor que duele, y que se llama “Demolición”: “lluvia como escombros / demolición/ signos en el vidrio/ respiración”. El público ríe aunque todo está dicho en español. El show sigue al palo, como siempre: “Puente Pueyrredon” (versión del tango de Pablo Sensottera, y el Cuarteto La Púa), el instrumental de Venturin “Qué miran”, “Pegue su tren” y “Despedida” del gran Tape Rubin. Otra vez se escucha el “einer noch”, y sí, van los bises, para luego beber una cerveza y charlar con la gente de la barra que nos permite fumar luego de que “se van

las familias”. De Marburg viajan a Brujas a la mañana siguiente, siguen por tierra aunque esta vez el trayecto se hace más largo, el paisaje va cambiando a medida que dejamos los campos ordenados de Alemania, para pasar por Holanda con sus molinos y cabras, hasta Bélgica poblada de vacas lecheras y un poco más de rusticidad. Se extraña el caos viajando por Europa. Lo que queda del día es libre, el concierto será la noche siguiente en el Moods! Festival, en el centro histórico de Brujas, más precisamente de frente en la Grote Markt. La luna está llena y el escenario se viste de verdes y rojos. La plaza, repleta. Los bruggeanos, o brujos, la pasan bien. Julieta les dedica “Brujos y científicos”. Un uruguayo pide discos a cambio de Canarias, y mi efímera amiga, alunada de tango, empieza a bailar como poseída. Es una noche abierta después de la tormenta. Es el cumpleaños de Julio Coviello también, y el penúltimo concierto de la gira. Los muchachos y la señorita Laso están contentos. Es una hermosa noche en Brujas iluminada, de luna llena sobre el campanario. Después del show, se escucha a lo lejos a Manu Chao mientras la gente se dispersa. Al otro día la orquesta se va temprano hacia Inglaterra, salen en micro y deben tomar el ferry antes de las 8. El destino: festival Womad, en Malmesbury. Dicen que es una versión posmoderna del Woodstock, al menos por el barro en los pies, “se va con su desprecio en el gargajo el final, final que gira loco en tangos últimos de andar, andar de tango sexy, oxidado de penar, penar en Buenos Aires por fantasmas que se van. Ya se fue, ya fue, ya fue”.

Una amiga una vez me dijo después de un concierto de la Fierro en Buenos Aires: “Quien escuche a la orquesta no puede no gustarle”. Pasaron los años y sigo recordando esta conclusión. Pienso que tal vez sí haya gente que no, que no le guste, gente que no comparte la estética o que no logra percibir la experiencia de su música: el encanto y el espanto a la vez. La estética es ideológica, lo sabemos. La experiencia del arte, por el contrario, tiene más que ver con la libertad. Sin embargo, hay muchos que sí, que los siguen en Buenos Aires y que van a los conciertos donde sea que los encuentren, como los colombianos en Koblenza o los uruguayos en Brugg. Hay gente que se levanta al medio del show y se va. Por lo general es gente mayor, que pretende demostrar apatía. Pienso que deben estar buscando otro tango, ese que se vende como tango y que no sale de los lugares comunes de la sonoridad. Ese tango de palabras agudas, de cierre y continuidad. Música que ya no incomoda por fuerza de la cultura que se traga el arte, que no destempla. La música de la Fernández Fierro es arrasadora porque estremece, perturba e ilumina a la vez. Sus letras hablan de la vivencia humana, de la tragedia del existir, del amor y sus vaivenes, del dolor y la angustia, de la soledad, la calle, el laburante, del cemento gris de Buenos Aires, de la esperanza y la desolación, de todo esto que a veces preferimos no escuchar, ni decir. No es tango clásico, ya lo sabemos también. Para eso ponemos un disco y nos quedamos en el sillón mirando fotos. A la Fierro se la escucha en discos pero se la percibe en vivo. No es tango lindo, no es música de ocasión. “Lo bello, lo bueno y lo verdadero no son valores universalmente válidos”, nos advertía Marcuse. La cultura deglute al arte, y lo vomita como escena cultural, la cultura afirma lo establecido para la continuidad, la cultura necesita re-afirmarse cada vez. El arte, por el contrario, viene a molestar, a mostrar el asco de una manera bella, viene a decir no. A decirnos lo que ya sabemos por la experiencia de vivir pero de otra forma, marcando un momento, transformando. “El arte es alienante” diría Marcuse, desordena la realidad, subvierte, trastoca lo habitual: “en este sentido, el Arte es en sí mismo un ‘final feliz’; la desesperanza se vuelve sublime; el dolor, bello”. El arte siempre es nuevo, siempre actual, siempre contemporáneo. La experiencia Fernández Fierro en vivo lo demuestra.



Apéndice:

-Fotos de la gira de la Orquesta Típica Fernández Fierro, Europa/julio 2015:
<https://picasaweb.google.com/106190704015558218323/OTFFEuropaJulio2015>

-Videos de la Orquesta Típica Fernández Fierro:
https://www.youtube.com/results?search_query=orquesta+t%C3%ADpica+fern%C3%A1ndez+fierro